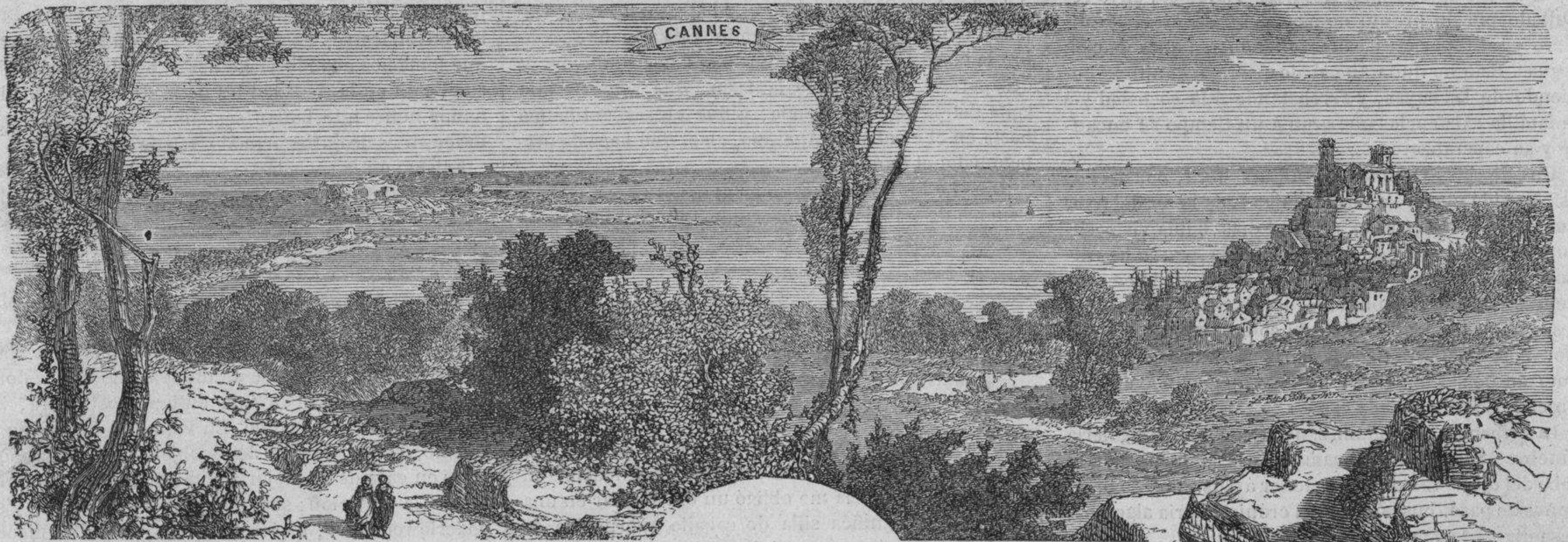


El Periódico ilustrado.



Número 35.

DEL 5 AL 12 DE NOVIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. . .	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	

SUMARIO.—Cannes.—El mariscal Canrobert.—Revista de la semana, por Palacio.—Los ladrones de antaño y los de oyaño, por Belza.—El crepúsculo vespertino, por Caula.—Mi declaracion, por Zulueta.—La cabeza de un rebelde, por Honorio. Al pié de sus ventanas, por Valentino.—El árabe, el camello y el asno.—Apertura de la caza.—LÁMINAS: Cannes.—El mariscal Canrobert.—El árabe, el camello y el asno.—Apertura de la caza.

CANNES.

En 1831, en el momento en que el cólera hacia en Francia horribles estragos, lord Broughan se paseaba tranquilamente á orillas del Mediterráneo, y se disponia á pasar á Italia. Pero el viajero habia contado como suele decirse sin la huésped, es decir, sin la policia de los Estados Sardinios. Esta, no viendo más que pestíferos de la parte de Francia, no dejaba pasar alma viviente por la frontera. Este incidente, bien insignificante en la apariencia, produjo sin embargo, un gran resultado.

El lord Canciller volvió piés atrás y vino á parar á Cannes, que le agradó mucho, y queriendo dejar un recuerdo en este rincón de tierra que no le habia regateado la hospitalidad, sino que se la habia ofrecido con tan generoso desinterés, proyectó hacer de aquel pueblo una de las principales estaciones de baños del Mediterráneo.

Así, pues, Cannes puede decirse que data de 1831, y su fundador es lord Broughan, porque solo á partir de esta época empezó á circular la vida y la animacion en este pequeño puerto de mar, que es el punto de reunion preferido en ciertas épocas de los *touristas* ingleses.

Despues de lord Broughan fué visitado por sir Robinson Woolfield, el cual quiso igualmente dejar huellas de su paso por aquellos sitios.

Desde esta época una nueva poblacion se ha elevado de la antigua; se han construido y formado bellisimos paseos que á ciertas horas son el centro de reunion de todos los bañistas. Cannes se halla rodeado de preciosas villas y casas de campo: á muy pocos kilómetros se encuentra la villa Sardon, donde falle-

ció en 1858 la célebre trágica Rachel; á la derecha se destaca el magnífico castillo construido en 1834 por lord Broughan, el cual fué bautizado con el nombre de su hija: Eleonora Luisa.

Dos pasos más lejos se encuentra la villa de San

Jorge, empezada por el general Taylor, y acabada por sir Robinson Woolfield; á su izquierda aparece entre un bosque de naranjos, el castillo del duque Vallombroso, y finalmente, la villa Victoria, que es una de las maravillas en su género.

Cannes es en el dia capital del Canton de Grasse, departamento de los Alpes Marítimos; cuenta además de su poblacion flotante, que es muy numerosa, un censo de 7,357 habitantes. Su comercio consiste principalmente en perfumeria, jabones, aceites, pescados salados, anchoas, naranjas y limones.

EL MARISCAL CANROBERT.

El mariscal Canrobert, hace un año fue llamado á reemplazar en el mando de la primera division y del ejército de Paris, al malogrado y simpático mariscal Magnan.

El mariscal Canrobert es el más jóven de los mariscales de Francia; aun no tiene cincuenta y siete años. Todos los soldados conocen perfectamente esa hermosa cabeza de cabellos un poco largos, tal vez para lo que previene la ordenanza, pero que sin embargo no le quita absolutamente nada de su aire marcial.

En 1828 salió de Saint-Cyr, y de esta fecha data el principio de su carrera. Todos sus grados han sido conquistados en Africa. General de division en 1853, ha mandado la primera division del ejército de Oriente, ejército del que llegó á ser general en jefe á la muerte del mariscal Saint-Arnaud (setiembre de 1854.)

Magenta, Solferino, son sus últimas etapas guerreras, y ha tenido que abandonar por sus nuevas funciones el cuarto cuerpo de ejército.



EL MARISCAL CANROBERT.

REVISTA DE LA SEMANA.

El cólera, como ciertos personajes políticos, va perdiendo importancia de día en día. Todavía hay quien le tiene miedo, pero ni se huye de él, ni se le trata de evitar con preservativos ridículos, cuyo resultado por lo pronto no es otro que el de gastar dinero y salir por esas calles oliendo á botica de cien leguas. Esto no quita que al despedirse continúe haciendo de las suyas, y arrebatando á la sociedad y á la familia existencias que eran á un tiempo su encanto y su esperanza.

Una de estas víctimas de última hora, por decirlo así, ha sido nuestro querido amigo Luis Perez del Aya, que en el corto espacio de tres días había visto sucumbir á seis individuos de su familia, y que ha caído al fin bajo el mismo golpe, como inmolado en aras de una divinidad implacable. Joven, lleno de excelentes cualidades, y tan modesto como ilustrado, el señor Perez del Aya deja al morir un gran vacío en el corazón de sus amigos, y un desconuelo mayor aun, en el de su desgraciada esposa.

Inscribamos este nombre nuevo en nuestra galería fúnebre; pasemos la bocamanga de la levita por el rabo del ojo, y vamos á entretener á Vds., entreteniéndonos de paso, buscando en la crónica diaria algun suceso digno de ocupar nuestra atención.

Sabrán Vds. como D. Antonio Garcia Gutierrez escribió un drama que debía representarse en el Príncipe, y que se titulaba *Juan Lorenzo*. El censor de teatros leyó este drama, y sea que le pilló en alguno de esos momentos, raros en él, en que pretendía pasar por hombre de orden y de sanas ideas; sea que el drama se incline un poco hácia abajo, mientras el autor de *Don Tomás* se inclina demasiado hácia arriba, ello es que el drama ha sido prohibido por la censura, lo cual ha provocado un pequeño alboroto entre la hueste literaria, que no cree al laureado poeta capaz de haber dado motivo para medida tan severa. Esto es lo que decidirá un jurado nombrado al efecto, y que se compone de los Sres. Harzembusch, Rubí, Breton, Ayala y Villergas, lo cual hace creer que el fallo sea favorable á la obra, pues todos, cual más, cual menos, saben por experiencia lo que es censura. La apelacion de este fallo se hará ante el público, que, en último extremo, es el solo censor que merece ser respetado.

Buena prueba de esto es el entusiasmo con que ha recibido hace pocos días en París el nuevo libro de poesías de Victor Hugo, en que el insigne poeta ha coleccionado sus *Canciones de las calles y de los bosques*. Verdad es que como dice muy oportunamente un revisero, el destino de Victor Hugo es un destino singular: fué en su juventud discutido por los viejos, y en su vejez se le discute por los jóvenes.

Los trozos que yo conozco de este libro, son dignos en todo del autor de *Las orientales* y *Las contemplaciones*. Nada más bello que *La comédie dans les feuilles*, y aquellas estrofas de *Le nid* que comienzan:

C'est l'abbé qui fait l'église;
c'est le roi qui fait la tour;
qui fait l'hiver? C'est la bise.
Qui fait le nid? C'est l'amour.

Lo cual, mal traducido al castellano, quiere decir:

Hace la iglesia el prelado,
El castillo el gran señor,
¿Y el invierno? El cierzo helado.
¿Y el nido? El amor.

Los amantes de la buena, de la verdadera poesía, de la poesía del corazón, que brota lo mismo de unos labios infantiles que de un cerebro cansado y oprimido por el dolor, se apresurarán sin duda á comprar este libro, bálsamo delicioso que un anciano ilustre ha derramado sobre sus propias heridas.

De novedades teatrales nos hallamos, con corta diferencia, lo mismo que la semana anterior. Fuera del teatro Real, donde hemos oído el *Saltimbanco*, ópera muy mediana de Paccini, y ejecutada medianamente también por artistas, á los cuales nos reservamos juzgar en obras de mejores condiciones, los demás coliseos no han presentado nada notable. Verdad es, que solo actúan dos de ellos, Príncipe y Novedades; aquel defendiéndose con el antiguo repertorio, resucitado por Valero y Romea, que cada noche alcanzan una nueva ovacion, y éste poniendo en escena dramas populares en que se distingue la bella y simpática Felipa Diaz, y preparando una comedia de magia, que no dudamos que le resarcirá de los gastos que le ha ocasionado su laudable empeño de sostener abierto el tea-

tro, en un barrio de los más combatidos por la epidemia, y de los menos poblados por gente acomodada, que es la que sostiene los espectáculos.

Veremos si es cierto, como dicen, que la Zarzuela y el Circo vuelven á reanudar en breve sus tareas, y si despues de dar un adiós á ese viajero maldito, que debe ser inmortal cuando no ha hallado su tumba viajando tan de prisa por los caminos de España, recobra la corte su animacion y esplendor primitivos, y desaparece ese horrible fantasma que asoma ya la gaita detrás de la epidemia, y que me es antipático hasta en el cuadro de Aparicio, en el que hace de protagonista: el Hambre.

¡Dios no lo lleve nunca por vuestra casa, ya que yo á fuerza de trabajo he conseguido echarlo de la mial

M. DEL PALACIO.

LOS LADRONES DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.

(Conclusion.)

«En el tiempo en que yo no era más que un pobre soldado en el campo de Nadirshah, decia Khourim, mi estremada indigencia me obligó un día á robar en una tienda una magnífica silla de caballo guarnecida de preciosa pedrería, que un jefe *afghan* había enviado para componer. Poco despues supe que el dueño de la tienda había sido preso y sentenciado á la horca, lo que conmovió mi conciencia hasta un extremo tal, que inmediatamente, y aprovechando una ocasion, volví á colocar la silla en el mismo sito de donde la robé, pero quedándome á alguna distancia hasta que la restitucion fuera notada por la mujer de aquel pobre hombre. Así sucedió; y aquella desdichada prorumpió al ver la silla en exclamaciones tan patéticas, pidiendo las bendiciones del cielo para el *honrado* ladrón que acababa de salvar la vida de su esposo, que estoy convencido que sus ardientes y fervorosas súplicas han influido en mi destino, elevándome á la grandeza soberana que hoy disfruto.» La doctrina del robo tiene sus variaciones, como todas las doctrinas que sirven de texto á las discusiones morales. De todas estas tesis sostenidas en pro y en contra, puede deducirse lógicamente una observacion, y es que es imprudente considerar el hecho de un hombre que ha cometido un delito contra la propiedad, como una prueba de la perversidad ó de la inferioridad radical de su inteligencia. En una reunion de gente compuesta de toda clase de individuos y en cualquier país que sea, el ladrón, generalmente, es el de más franca y más simpática fisonomía. Esto parecerá á primera vista extraño; pero dice con sobrada razon la obra titulada *Eclesiaste*, y viene á confirmar nuestro aserto, «que el corazón del hombre no cambia jamás su fisonomía.» Así, pues, es una ley, no del corazón, sino de la educacion, que dice que el hombre comete un crimen entregándose al robo. También es fácil demostrar que en el mayor número de los ladrones, si se estudia bien su naturaleza, existe el germen más ó menos desarrollado de las honrosas cualidades que se exigen en el mundo para ocupar las más altas posiciones sociales.

En la galería de retratos que, como ya hemos dicho, se halla establecida en New-York, se ve el retrato de un ladrón reputado de *primer orden*, entre los noventa y dos que existen de su categoría. Este ladrón es alemán, y ha pasado veinte años en las prisiones de su país. Tiene ese aspecto leónico que caracteriza cierto número de fisonomías alemanas; pero aunque no está desprovisto de talento en su especialidad, carece absolutamente de energía intelectual. En cambio, á su lado se ve el retrato de otro ladrón de primer orden, en el cual todo es energía, acción y vigor; los rasgos de su fisonomía revelan á primera vista al hombre de talento superior unido á una gran resolucion y sangre fría. Debajo de estos dos personajes se halla el de otro, al que los agentes de policía dan muy escasa importancia, y sin embargo, á primera vista, y si hemos de dar crédito á personas que le conocen bien, es muy superior á sus otros dos compañeros. Es un genio inventivo, capaz de las combinaciones más difíciles, y de realizarlas hasta su resultado final, con un ardor que raya en el entusiasmo. Este hombre no llevaba corbata cuando le hicieron su retrato; pero el cuello de su camisa se halla doblado de tal manera, que produce el efecto de un alzacuello, lo que contribuye á darle una expresion clerical. Segun dicen, se espresa bien, y en sus conversaciones usa un len-

guaje franco, y que va siempre derecho al asunto de que trata.

Muchas de las figuras de esta original galería de bribones merecen ser consideradas con atención. En primer lugar, la mayor parte son ingleses, lo que no habla muy alto por cierto en favor de esa decantada probidad de que los hijos de la soberbia Albion suelen envanecerse; es más, á ser ciertos los informes que tomamos cuando visitamos la citada galería, ni su condicion en la sociedad les pesa, ni nada en su fisonomía indica que hallan sostenido ninguna lucha interior antes de entregarse al *oficio* de ladrones.

Existen en la sociedad otra clase de estos individuos que por su especialidad merecen también ser citados.

Se ha dicho de Temistocles que «*en medio de sus grandezas el héroe no podía mandar á sus manos.*» El hombre de quien voy á hablar era una especie de Temistocles; rico hasta un extremo casi fabuloso; disfrutando de todos los placeres que la fortuna proporciona, sin tener nada que apetecer ni ambicionar, pero no podía desembarazarse de un demonio que le dominaba bajo la forma de una antigua costumbre; implacable como el destino. En viéndose delante de un bolsillo, de una alhaja ó de un objeto precioso, aunque fuera en casa de su mejor amigo, le era imposible resistir á la tentacion; sus dedos se le alargaban y sin poderlo remediar, olvidándose de que podía dispensarse el apropiarse el bien de otro, puesto que todo le sobraba, su instinto le dominaba hasta tal punto que se convertía en ladrón. Las personas que ya le conocían, y que despues de su visita echaban de menos algun objeto, mandaban al día siguiente á su casa, y su mayordomo hacia la restitucion con la mayor escrupulosidad.

Tampoco la historia de cierto ladrón chino carece de oportunidad, y quiero referirla. Un pobre hombre, acosado por la necesidad, robó un día una gallina á un vecino suyo, que era escesivamente rico, y que reunía á su riqueza un carácter tan dulce, un genio tan apacible y un corazón tan bondadoso, que era adorado de todo el pueblo. El ladrón peló su gallina, la guisó, y se la comió alegremente, acostándose despues á dormir; pero durante la noche sintió un estremecimiento singular en todo su cuerpo: empezó á soñar que todo su cuerpo se había cubierto de plumas, y aquellas plumas eran las de la gallina robada y comida, y por una revelacion divina se le anunció que en justo castigo de su crimen quedaria convertido en gallina, en tanto que su vecino no le administrase la reprimenda á que se había hecho acreedor. El pobre hombre despertó al fin; pero tal era el efecto que en su ánimo y en sus sentidos había producido la fatal pesadilla, que aun despierto, se figuró ser verdad todo aquello que había soñado, y se vió obligado, no solo á publicar su robo, sino á suplicar á su vecino le administrase la mercurial que debía restituírle su epidermis de hombre.

Volviendo nuevamente á la galería de retratos de New-York, la suma de actividad mental que brilla en los ojos de la mayor parte de aquellos desdichados seres tiene algo de prodigioso. Otra reflexion bien triste inspira también: la inclinacion que arrastra al robo, ¿es á la vez una cualidad heredada y precoz? El ánimo se entristece contemplando tantos ladrones imberbes! En aquella galería los encontrareis de todas edades, desde cinco á quince años: en los unos observareis el sello marcado de una viciada naturaleza; en los otros, esa mirada de serpiente que penetra sin sentirlo en el corazón; en otros, en fin, esas facciones que revelan bondad, buen instinto, naturalezas fáciles de dirigir, y que se las conduce por donde se quiere; pero en todos, absolutamente en todos observareis esa vanidad pueril que han experimentado cuando les hicieron su retrato, aun sabiendo el uso á que se destinaba. Para la mayor parte de aquellas desgraciadas criaturas, robar es una profesion de familia tan legitima como cualquier otra. En un medallon están reunidos los retratos de cinco hermanos, que el menor hace tres años aun estaba en brazos de su nodriza... pero ¿qué tiene de particular? Su padre y su abuelo, ¿no habían sido dos ladrones de los más famosos de la república? Pues bien, uno de estos cinco hermanos ha sido ya sentenciado siete veces, y cuenta diez y nueve años.

Sin embargo, una esperanza consoladora nos inspira la expresion triste y reflexiva de algunos de estos individuos, aprendices del vicio. Gracias al cielo, hay muchos que abrazaron á pesar suyo y sin vocacion la profesion hereditaria, y aun seria tiempo de apartarlos del precipicio. La cuestion de la reforma de los

ladrones jóvenes se ha agitado y tratado muchas veces, y en su mayor parte con éxito. No hay regla sin escepcion. La más antigua tentativa de este género la encontramos en el *Gulistan* de Saadi, y aunque desgraciadamente no corresponde al buen deseo de los filántropos, que niegan los instintos hereditarios, vamos á referirla tal cual la hallamos escrita:

«Entre una partida de bandoleros, de la cual costó mucho trabajo apoderarse, habia un jóven que apenas habia entrado en la adolescencia. Era el hijo del jefe de la partida.

»Uno de visires se postró á los piés del rey, y le dijo: «Señor, este muchacho aun no ha gozado de los placeres de la juventud; su corazon no está formado, el vicio no pudo echar en él profundas raíces; concédame V. M. su vida, y me lo llevaré á mi casa; yo lo educaré, abrigando la fundada esperanza de que algun día este muchacho será útil á su patria y una persona digna y honrada.»

«El rey frunció el ceño y respondió: «El mismo sol no alumbrá la virtud y el vicio. Para los instintos perversos la instruccion no es otra cosa que una nuez arrojada desde lo alto de un campanario..... rueda al fondo, y allí se estrella. Apagar un fuego y dejar chispas en el rescoldo, matar una vívora y criar los vivoreznos, son imprudencias que no comete jamás el hombre juicioso. Aunque las nubes derraman por igual sobre la tierra el agua que la fecunda, no es fácil recolectar frutos en las ramas del sauce.»

«El visir aplaudió estos apotegmas, y añadió que nada tenia que replicar; pero impulsado por su buen corazon se atrevió á insistir en su demanda.

«Señor, este niño no debe haber cometido grandes faltas, y las que haya cometido serán porque educado en medio de ladrones, no ha tenido otros ejemplos que los que semejante canalla ha podido proporcionarle. Vuestro humilde súbdito selisonjea de que si V. M. le concede la gracia que solicita, habrá de corregirle y hacerle un hombre útil á la sociedad; además, los hijos de Noé, asociándose á los malos, perdieron el don de la profecía, en tanto que por el contrario, el perro de los siete durmientes, por seguir á los buenos, llegó á alcanzar el privilegio de ser hombre.»

«El rey accedió al fin, pero sin abrigar confianza ninguna, ni participar de la generosa esperanza del visir.

«Educóse al jóven con mucho esmero, dándole por maestros los hombres más sábios y más honrados del reino, y al cabo de algunos años llegó á ser un sábio y una persona consideradísima en la córte. El visir estaba loco de alegría, y le aprobó y le colmó de riquezas y de honores, pero cuando hizo observar al rey el buen resultado de su obra, el monarca sonriendo le contestó con una de esas sentencias tan comunes entre los orientales.

«Tu hijo de adopción ha sido amamantado como suele decirse á nuestros pechos, ha crecido entre nosotros, y á fuerza de esmero y solicitud le hemos convertido en un inocente cordero..... ¡Desdichado de tí si algun día llega á recordar que su verdadero padre era un lobo.»

«Trascurrieron algunos años más. Una nueva partida de facinerosos apareció en el país, entre los cuales se encontraban antiguos bandidos, amigos y compañeros del padre del jóven. Sin saber cómo, pudieron ver á éste y hacerle comprender que se hallaba en el deber de unirse á ellos para vengar la muerte del autor de sus dias: no les costó gran trabajo convencerle, y formando con ellos una nueva asociacion, el hijo adoptivo del visir, aprovechando una ocasion oportuna, asesinó á su bienhechor y á todos sus hijos, robóle todas sus riquezas, y se huyó á los montes con los antiguos compañeros de su padre.

«Cuando llegó á noticia del rey este sangriento desenlace, dijo con tristeza:—«¡Cómo era posible hacer de un mal hierro una buena espada! La lluvia, aunque bienhechora, pues hace producir las más bellas flores en los jardines, alimenta también la mala yerba en los terrenos de mala calidad.»

Contrariamente á la opinion de Saadi y de algunos otros sábios, la galería fotográfica de New-York nos presenta fisonomías de niños, que no pueden ser naturalmente viciosos; niños que poseen sin duda alguna buenos instintos, y á los cuales bastaría el cariño de una madre para borrar de su frente la prematura mancha que sobre ella se destaca.

Participando de la opinion del conde Saadi, Esopo á dicho de la serpiente, que por muchas veces que cambie de piel, siempre será serpiente; pero á despe-

cho del axioma de Esopo y del conde de Saadi, preferimos dejar á estos desgraciados seres el beneficio de nuestra duda.

No es posible que tantos jóvenes como se dedican al robo hayan debutado todos de igual manera, bebiendo de un manantial envenenado. No, muchos han salido del seno de honradísimas familias; otros que han disfrutado una fortuna, y la pérdida de ésta ha estraviado su razon lanzándoles al vicio: en muchos de ellos se observa también ese tinte de melancolía que prueba el disgusto y el hastío de la vida!.... Es tarde cuando emprendieron semejante industria, y tal vez bien á pesar suyo. ¡Compadezcamos á aquellos cuyas madres bajaron á la tumba demasiado pronto, dejándoles huérfanos y privándoles de su cariño y de sus consejos! ¡Compadezcamos á los que una pasión desgraciada hizo olvidar las lecciones de su madre; y sobre todo, compadezcamos con todas las veras de nuestro corazon á esas madres desdichadas, que no pueden pronunciar el nombre de sus hijos sin que su frente se cubra de vergüenza, y que tiemblan continuamente por ellos, amenazados como se hallan á cada paso por la humana y la divina justicia!

Una leyenda árabe nos refiere, que un día Moisés, hallándose sobre el monte Sinaí, recibia del Señor la revelacion de los misterios de su Providencia. Moisés se quejaba amargamente de la impunidad del vicio, de lo desgraciado que era generalmente el bueno, al paso que el malvado disfrutaba en el mundo de fortuna, crédito y poderío, lo cual á su modo de ver no era muy justo. El Señor entonces lo llevó á la cima de una montaña, desde la cual se dominaba una gran estension de terreno.

Al pié de la montaña y en un oasis delicioso, poblado de palmeras, dormia al pié de un árbol un jóven árabe, que al despertar olvidó un saco de perlas que consigo llevaba, y ensillando su caballo partió al galope desapareciendo rápidamente en el horizonte. Otro árabe llegó pocos momentos despues al mismo sitio, halló el saco de perlas y recogiólo con estrema alegría desapareció igualmente, pero en direccion opuesta. Apenas trascurrido un cuarto de hora, un anciano apoyado en un palo, vino á pasos lentos á buscar un poco de reposo debajo del mismo árbol en que el árabe estuvo anteriormente acostado, y como su cansancio era grande, quedóse dormido inmediatamente, pero á los pocos instantes fué violentamente despertado por el árabe que habia perdido el saco de perlas y que volvia en su busca. El anciano le contestó que nada habia visto, pero el jóven no lo creyó, y presumiendo que el anciano le habia robado, y que habia ocultado el robo para no verse obligado á la restitution, despues de una lucha que atendida la desproporcion de edades duró bien pocos momentos, el jóven cortó de un solo golpe y con su yatagan la cabeza del anciano que rodó por tierra.

—«¡Oh Señor! ¿y es esto justo? dijo Moisés aterrado.

—«Calla, le contestó el Señor, y no juzgues lo que no comprendes..... Ves ese hombre cuya sangre enrojece en este momento las arenas del desierto!.... pues hace diez años que en ese mismo sitio, al pié de ese árbol, de una manera alevosa y cobarde, asesinó al padre del jóven que acaba de degollarle á él. ¡Su crimen ha permanecido ignorado de todo el mundo escepto de mí, de mí, que soy el *vengador!*»

J. BELZA.

EL CREPÚSCULO VESPERTINO.

Hay una hora en el día
Llena de mágico encanto,
Muy querida de poetas,
Pintores y enamorados.
¡Crepúsculo de la tarde!
¡Eres tan bello! En verano,
Al llegar aquella hora,
Los ruseñores ufanos
Entonan variados trinos
Desde los pinares altos.
Las fuentes dulces murmuran,
Y los arroyuelos mansos
Deslizanse blandamente
Por bosquecillos y prados.
Los perfumes de las flores
Embalsaman el espacio,
Y una brisa tibia y pura
Nos brinda con sus halagos.

Un misterioso vapor
Transparente y azulado,
De los valles se levanta
Del rojo sol al ocaso.
Con monótono ruido
El esquilon resonando,
Guía desde las praderas
El ganado á los establos.
Del vigilante pastor
El melancólico canto,
En alas del raudo viento
Traen los ecos lejanos.
Y luego, de la campana
Vibra á través de los campos
La santa voz que recuerda
La oracion al buen cristiano.
Hora solemne en que todo
Respira mágico encanto,
Hora en que se siente á un tiempo
Tristeza y placer, brotando
Las lágrimas de los ojos
Sin acertar á esplicarnos
La causa de esa alegría,
Ni la causa de ese llanto!

REMIGIO CAULA.

MI DECLARACION.

I.

Me veo en un serio compromiso.
Estoy enamorado. ¡Amo!
Lo cual nada tiene de particular.
Y amo con toda mi alma.

Váyase por otros que aman con todo su cuerpo. Por que el cuerpo es más en algunos que el alma. Sobre todo en los gordos.

El amor de un hombre que pese quince arrobas debe ser á prueba de materia. ¡Infeliz de la que experimente el peso de su amor!

Como iba diciendo, yo amo con toda mi alma á una muchacha morena, de ojos que están diciendo «comedme», y yo me la comería; pero es imposible.

Yo la he seguido á todas partes por llegar al fin de los fines, al fin más santo, á la mistificacion de los amores.

Y todavía, á pesar del fin, estoy en el principio. ¡Quién sabe si á la postre me regalará unas azucaradas calabazas!

La sigo por la calle, á misa, al teatro, al paseo; me he constituido en centinela constante de su persona. Y es más, estoy seguro que cuando *ella* no me vé, lo siente; siente así como si la faltara algo.

Ella me mira como diciendo, «está bien», ó á lo más «no me disgustaría que continuase Vd.»

Y yo la miro entonces, estirando el pescuezo como los gansos, y diciendo «se continuará.» Y luego me doy un golpecito en la copa del sombrero con la yema de los dedos, estiendo la mano despues como elevando la batuta y tarareo. «Yo soy Lindoro...»

Algunas veces me parece que me dice *ella* con su mirada, «¿por qué no se declara Vd?»

Y yo me declararia... y no puedo.

Mil veces la he dicho al pasar ó doblando una esquina. «Vaya unos ojillos capaces de resucitar á un muerto.» ¿Y qué he conseguido?

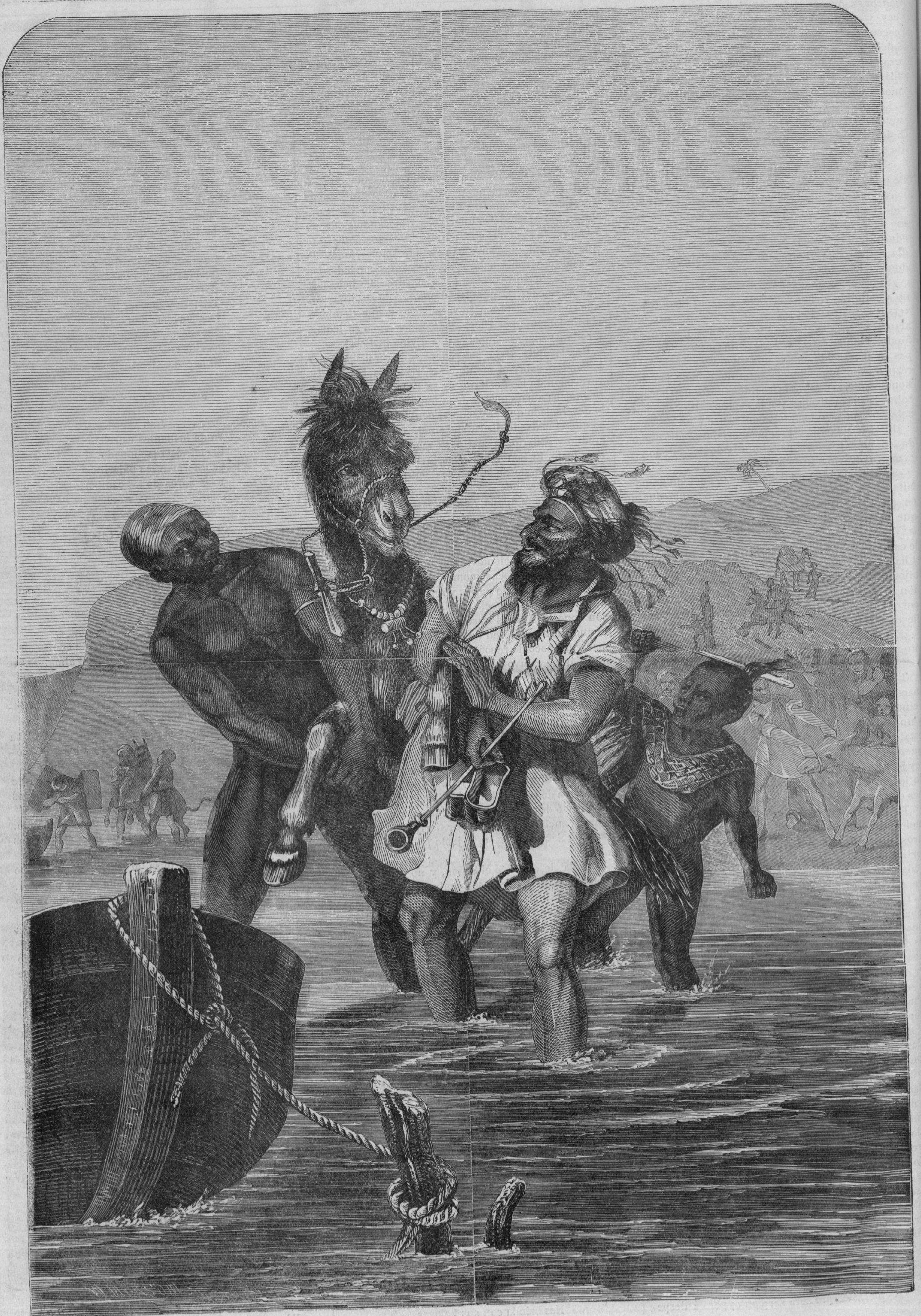
Ella se ha puesto colorada como un tomate, y la mamá, que es un sargenton, me ha mirado desde la altura de sus arremangadas narices, como diciendo: «caballero, está Vd. demás.»

Ya un día no pude menos de murmurar: «La raza de las culebras del paraíso no se estinguió con el diluvio.»

¡Nunca lo hubiera dicho! Despues de echarme una mirada de basilisco, dirigió tal filípica á la niña, que la pobre dejaba caer cada lagrimon como el puño.

Pero, por eso más ó ménos, la hija no cesó de dirigirme sus benévolas miradas; quizá al contrario, en su espresion melancólica parecia decirme:

—«Por favor, míreme Vd. de más lejos; no se acerque Vd. cuando esté mamá.»



EL PASAJERO Á LA FUERZA.



EL ÁRABE Y SU CAMELLO.

A mí, es claro, que me gustaría más verla á solas, y mejor cuanto más cerca; pero vaya Vd. á burlar la vigilancia del voluminoso tomo de la mamá, la larga nariz del papá, ó la curiosidad infantil de los angelitos de sus hermanos, capaces de revolver á Roma con Santiago.

Y en tal situación me contento con seguirla á un cuarto de kilómetro con los gemelos de teatro. A lo más me permito adelantarme á un sitio por donde tiene que pasar, me oculto tras el tronco de un árbol, y oye mi voz cual si fuera el canto de las aves que pian en las ramas. Otras veces hago hablar á los reyes del Retiro, que, á pesar de todo, ni mueven los labios, ni pestañean.

La mamá, que escucha todo, que tiene un oído privilegiado, se vuelve y se revuelve con la majestad del elefante, pero nada vé. El papá nada huele y eso que tiene buena nariz. Pero yo tiemblo á pesar de eso, estoy pendiente, sino de un hilo, por lo menos de una cuerda; en efecto, si á alguno de los angelitos le da la gana de llegar por allí saltando á la comba, me denuncian.

Un día yo creí que mi escondite se descubría. Estaba detrás de un corpulento árbol, el niño mayor se acercó á mí en actitud sospechosa; pero la mamá que lo vió se puso á gritar: «Niño, ahí no se hacen esas cosas.» Y el papá lo llevó junto á una tapia vecina. Yo me tapé las narices y huí sin ser visto.

Pero esto es imposible que continúe así. Yo necesito declararme.

—¿De viva voz? No se me ocurre medio alguno. ¡Si me dejara caer por la chimenea á guisa de héroe de Paul de Kock! ¡Si consiguiera meterme en el talego de la ropa de la lavandera! ¡Si pudiera por la noche subir al balcon de su gabinete por medio de una cuerda!

Pero todas estas son violaciones de domicilio, y el lauro de tales hazañas es ser conducido al Saladero. Además, que yo no soy capaz de violar ningun domicilio. Estoy por el *habeas corpus* de los ingleses: nunca se justifica el hacer fuerza á nada, ni á nadie.

II.

Pero el caso es que necesito declararme, declararme á todo trance; ya que no de viva voz, por escrito. ¡Qué epístola voy á escribirla! Ni la de San Pablo á los Corintios, ni las de Ciceron á su Terencia, ni el epistolario del Bachiller Cibdareal.

¿Y cómo se la dirijo? Ahí está el quid. Hacer que llegue á sus manos mi carta.

Fiar en el correo interior es una locura: el correo interior es propiedad exclusiva de la mamá, á ella la corresponde todo lo interior: así está de gorda. Si la dirijo desde Alcovendas, Getafe ó Pozuelo, como correspondencia exterior, la abriría el papá, creyendo serán noticias de sus colonos, y si la meto entre las hojas de una de esas entregas de novela que se echan por debajo de las puertas, ó se apoderan los niños de ella, ó va á parar á la cocina donde suelen leerlas el criado, escuchar la cocinera y comentarlas la doncella.

Luego los criados son invulnerables: la portera tiene cara de vinagre y es charlatana, entrometida y murmuradora, y tocante á los amos se vuelve en una de las sirenas del Bajo Egipto.

Yo hubiera querido tomar el cuarto segundo de la casa para desde allí entablar la correspondencia, pero en primer lugar el que le ocupa no piensa en mudarse, segun informes, y en segundo el casero es el papá de la niña que, como tiene buena nariz, olería mis proyectos.

¡Ah! aquella casa es impenetrable.

Aunque concertara con la modista correspondiente mandar la mi esquila en uno de los bolsillos de un vestido recién hechito, la mamá, ese Argos infatigable, tropezaría con el papel al quererla arreglar el traje.

Decididamente aquella casa es impenetrable. Estoy seguro de que si encargara en el Suizo á Mayer me encerrase mi epístola en un pastelito, y le regalara una bandeja de ellos de parte del Preste Juan de las Indias, la primera pasta que caería bajo los dientes de los angelitos de la casa sería mi billete.

¡Qué, si es impenetrable la tal casa! Un día sospechábame yo que iba toda la familia á salir de paseo, menos los niños que había ya visto ir con los criados, y me eché esta cuenta: Me subo hasta el cuarto segundo, ella saldrá la última, como siempre, porque

tarda en arreglarse; bajo yo de puntillas, y ¡zás! la encajo el billete.

Al llegar al primer escalon para acometer tal hazaña, el portero me dió el alto.

—Caballerito, ¿á dónde va Vd?

—Voy... Voy...

—¿A qué cuarto?

Yo bien sabia que si daba las señas de la habitacion de cualquier vecino, me iba él á seguir la pista, y dudoso y vacilando contesté preguntando:

—¿No vive aquí un maestro de baile?

—No señor, me contestó secamente, y en bien alta voz.

—En uno de los pisos superiores.

—No señor, no, no señor.

A todo esto, una porcion de criados curiosos fueron asomando por todas partes.

—Hombre, yo creí que en la buhardilla.

Mi antagonista, que desde luego había comprendido la danza que andaba en mi cabeza, empezó á guiñar el ojo á uno y otro lado, se armó del palo de una escoba, y yo, que vi mi pleito mal parado, y que iba á tener que ensayar allí algun paso nuevo al compás de una solfa hasta entonces para mí desconocida, pero que tampoco deseaba conocer, renunciando á visitar al supuesto profesor de baile, salí murmurando:—Me equivoqué.

Y aunque ellos venían en son de guerra diciendo:

—Sí; venía Vd. equivocado.

Antes que se aproximasen tomé las de Villadiego, no me dejaron como á D. Quijote los Yangüeses.

Mi mala estrella me deparó otros sucesos desgraciados.

Muchas veces esperaba yo verla salir á paseo, desde un coche situado *ad hoc* en la acera de enfrente; mi automedonte solía ser siempre el mismo, y estaba ya algo enterado del negocio, pero una tarde no le hallé en la parada y tomé otro vehiculo. Aquel día se le ocurrió á la familia pasearse en coche, y dí mis instrucciones á mi auriga.

Estaba á punto de echar á andar la carretela de mi amada, cuando mi automedonte exclamó: «¿Con que vamos detrás de ese coche, señorito?» El papá de la niña, que aun no había subido al carruaje, y que parecía haber olvidado algo, se volvió todo oídos, y como sus orejas son tan grandes como su nariz, no me hubiera estrañado que percibiese el tímido «sí» que yo pronuncié.

El papá, sin duda, debió ponerse en guardia, porque en vez de seguir de paseo, se le ocurrió de pronto ir á visitas. Al efecto se bajaron en una calle, y mi hombre se puso á gritar: «Señorito; han parado aquí.» Yo no quería reprenderle, porque no conocieran mi voz, y en cuanto les ví entrar en el portal, lo hice con un tono tan incomodado, que el pobre gallego me pidió mil perdones.

—Esta es la mía, exclamé; aquí el portero no me estorbará como en su casa; subiré al piso superior, esperaré á que salga, y la entregaré mi epístola al menor descuido.

Una hora me pasé en la escalera espuesto á la curiosidad de todos los vecinos que iban desfilando ante mi presencia. Por fin sonó la puerta; mi corazón latía con violencia; sentí pasos y voces; tosi, conocí las grandes botas del papá, las ruidosas enaguas de la mamá, y los besos de la niña á la señora de la casa; ¡oh dolor! La señora no se contentó con esta despedida, se asomó al descansillo, y las estuvo hablando hasta que desaparecieron.

Bajaba yo triste y cariacontecido, cuando al llegar al cuarto de que ellos acababan de salir, ví que escuchaban por la ventanilla y que soltaban una ruidosa carcajada. Eché un terno, apresuré mi descenso, me metí en mi berlina y continué en su persecucion.

Cada vez que sacaba yo la cabeza me encontraba las narices del papá, que asomaba en el otro carruaje mirando hácia el mio. Mi situación empeoraba visiblemente.

En la escalera de la casa á que fueron á hacer la segunda visita todo se presentaba á pedir de boca, todo salía á las mil maravillas; más un condenado perro que bajaba á escape y ladrando, pasó por entre mis piernas haciéndome tropezar, se enredó en el mirriñaque de la niña, asustó á la mamá, hizo levantar el garrote al papá, y cuando todos se volvieron, me encontraron á mí que, de la caída, me había quedado sentado en el último escalon del tramo, y arrollaba filosóficamente la esquila escrita para mi adorada, como si hiciera un cigarrillo de papel.

Al salir ellos de la tercera visita, por no esponerme á más percances, coloqué mi berlina paralela á su carruaje, y cuando la niña entraba en él, saqué yo en la punta de mi baston atado mi billete haciéndome el invisible; pero el papá debió entonces tambien oler algo, pues acomodó á su hija en el lado opuesto, no dejándola asomarse, y cuando el carruaje echó á andar alargó la mano, me quitó el baston, rodó la carta al suelo, y cayó en un charco completamente sucio. ¡Inútil expedicion!

F. DE ZULUETA.

(Se continuará.)

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

I.

EL SUEÑO.

En la época que comenzamos nuestro relato, esto es, en 1394, en la muy leal ciudad de Murcia, y en el radio que hoy comprende la parroquia de Santa Eulalia, existía, en una de sus estrechas y tortuosas calles, un enorme palacio que, como casi todos los de aquel tiempo, era grande y destartado.

Entrábase en él por una gran puerta en forma de herradura á un espacioso patio, en cuyo fondo arrancaba una ancha escalera de piedra, que conducía á los aposentos superiores.

Si el lector es tan benévolo que se toma la molestia de acompañarme, atravesaremos el patio, subiremos la espaciosa escalera, y nos introduciremos en uno de los aposentos del piso principal.

Eran las seis de la tarde de uno de los últimos días del mes de noviembre.

En el aposento en que nos acabamos de introducir, veíanse sentados en dos magníficos sillones de alto respaldo, dos personas de distinto sexo.

Ambos estaban en todo el vigor de su juventud.

La dama, que apenas contaría veinte y cinco años, era una de esas bellezas que dejan extasiado al que por primera vez se encuentra con ellas.

La blanca túnica que ceñía á su delgada cintura, dibujaba perfectamente el contorno de su esbelto talle, y hacia resaltar mucho más la blancura de su naricado semblante. Así mismo, la luz que despedían seis bujías puestas en un camdelabro de plata que estaba sobre una mesa, y que daba de lleno en el semblante de la dama, aumentaba mucho más su magnífica belleza.

Era el caballero gallardo y de aventajada estatura. Sus facciones, que podían llamarse hermosas, estaban un tanto alteradas por la continua severidad de su semblante, debida al excesivo orgullo que rebotaba de su corazón. Aun que si he de ser verídico, á la sazón había depuesto su habitual severidad, mostrándose, contra su costumbre, risueño y placentero.

Contaba treinta y cinco años.

Ambos eran esposos.

En el momento en que los presento á mis lectores, seguían un animado diálogo.

—¿Por qué, decía la dama, te has puesto al frente de los partidarios de mi hermano? ¿Por qué contribuyes á llenar de luto y consternacion nuestra hermosa ciudad? ¿No comprendes que, si como es de suponer, el rey llega á saber los desmanes que sin cesar se cometen, quiera castigar severamente á los jefes que promueven estas asonadas?

Y al decir esto, la dama fijó sus negros y rasgados ojos en su esposo, como en demanda de una respuesta.

—En verdad, querida Blanca, contestó el caballero un tanto sorprendido, que me estrañan tus palabras. ¿Por qué, dices, me he puesto al frente de los partidarios de tu hermano?... Porque esos Fajardos que hace cuatro años son los enemigos de tu casa, no contentos con haber alcanzado del trono que su jefe D. Alonso Fajardo fuese nombrado adelantado de este reino, pretenden todavía malquistarnos con el rey, atraerse por medio de intrigas el favor del Concejo, y alzarse con la ciudad si es posible. Ahora bien, querida Blanca: al ver un proceder tan villano, ¿crees tú que es posible mirar con indiferencia la desmedida ambicion de los Fajardos?... Pues no, no es posible: y mientras yo viva, en tanto tenga sangre en mis venas, trataré de desquiciar el poder de D. Alonso, hasta derrumbarlo completamente.

Y al terminar estas palabras se puso en pié, y comenzó á pasear por el aposento á largos pasos.

—Por otra parte, continuó despues de una breve pausa, que tu hermano veria de muy mal talante que el que se ha unido á él con los vínculos de la sangre, se amedrentase y no tuviese sobrada energía para oponerse con todas sus fuerzas á repeler la audacia de unos enemigos que tan cruda guerra le hacen.

—Verdad es, que al defender la causa de los Manueles, contestó la dama, defiendes la tuya propia, puesto que así lo pactásteis al pedir mi mano. Pero no es menos verdad tambien, que al ponerte al frente de nuestro bando te atraes el enojo del rey; y esto, como tu comprendes muy bien, pudiera serte fatal.

—Desecha tus temores, querida Blanca, pues todo me augura una próspera victoria.

—Dios haga que tus deseos se cumplan, y no tenga que lamentar terribles desgracias.

—¿Y de quién quieres que tema? dijo el caballero parándose enfrente de su esposa: ¿de los Fajardos? ¡Oh! esos, en vez de temor, me inspiran lástima. Lástima, sí; porque están atortolados, no saben lo que se hacen y no aciertan á comprender cómo en tan corto tiempo, he podido hacer de modo que me nombren procurador general del Concejo, para hollarlos bajo mis plantas y tenerlos á merced de mi capricho y voluntad. ¿El rey? tampoco me inspira temor; porque demasiado jóven, y además enfermizo para gobernar el reino, no puede atender á lo que aquí pasa, puesto que solo vé y oye á voluntad de D. Ruy Lopez Dávalos, su camarero mayor, que diz goza de gran privanza con su alteza; y éste harto tiene que hacer con mirar por su privanza, para que no se trasmita á otro. Así, pues, nada hay que se oponga á mi voluntad, y lo que yo quiera se hará: porque en esta jornada yo soy quien lleva la mejor parte.

Y de nuevo continuó su interrumpido paseo.

—Cuanto me has dicho es verdad, Andrés; por ahora tuya es la jornada. Pero si hubiera de creer en los presentimientos de mi corazón, te diría, que el defender la causa de los Manueles ha de serte fatal.

—Esos temores, querida Blanca, sientan muy bien en una mujer que cual tú, ama con delirio á su esposo: pero que no deben hacer mella en un corazón, que como el mio, jamás ha conocido el miedo.

—¿Y si yo te dijera que he tenido un sueño espantoso, uno de esos terribles sueños, cuyos detalles se fijan por muchos dias en nuestra mente, y que son nuestra eterna pesadilla?

—Te diría, contestó el caballero, parándose enfrente de Blanca, que los sueños no son otra cosa que un delirio de nuestra mente, y una fantasía de nuestro espíritu... ¡Oh! ¡los sueños!!!...

Y al hacer esta exclamacion quedó un momento pensativo.

—Tambien yo he soñado, continuó despues de una breve pausa. Tambien yo he tenido un sueño que ha ser verdad...

—¡Qué! exclamó Blanca, en cuyo hermoso semblante se pintó el terror; ¿tambien tú has soñado?

—Sí; pero mi sueño nada tiene de horrible, al contrario: es uno de esos hermosos sueños que halagan, que embriagan de placer al que tiene la dicha de soñarlos: que á poderlos realizar, llenarian colmadamente la medida de nuestra ambicion.... Pero no, no es posible: porque todo es ilusion: ¡todo es una vana quimera!...

Y sentándose de nuevo, se abismó en sus pensamientos.

—Sin embargo, Andres; si yo te dijera lo que he soñado: si te pintara la terrible escena que he creido presenciar, tal vez entonces darias fé á mis palabras.

—Nunca, porque los sueños jamás pueden realizarse.

—¡Oh! pues que tan incrédulo eres, préstame atencion y juzga como quieras lo que he soñado.

Blanca quedó un momento pensativa, y luego comenzó de este modo:

—Era una mañana.

El cielo estaba cubierto de pardas nubes que oscurecian el horizonte, haciéndole aparecer triste y pavoroso, como el asilo de la eternidad.

Veía una gran plaza henchida de gente, cuyas miradas se dirigian á un punto que mis ojos no podian ver. Oía gritos confusos que tan poco podia comprender, porque mis sentidos estaban embotados.

De pronto, un grito atronador, uno de esos terribles gritos que conmueven hasta la última fibra de nuestro corazón, se levantó del centro de aquella muchedum-

bre, y resonó en el espacio rugiente como el huracan, y aterrador como un espectro.....

Todos se apartaban horrorizados formando un ancho círculo, en cuyo centro, una cabeza humana, separada del tronco, rebotaba lívida y contraída, inundando de sangre aquel espacio y salpicando á los más próximos.....

No pude ver más: porque al percibir aquel mutilado miembro, di un grito y desperté horrorizada cual si viera la realidad.....

Y Blanca al terminar su relato, tenia la frente bañada en sudor.

Su esposo no pudo ménos de estremecerse tambien.

Tal era la impresion que habia causado en ambos la relacion de aquel terrible sueño.

Hubo un momento de silencio.

—En verdad, querida Blanca, dijo el caballero despues de una larga pausa, que tu sueño es terrible por demás: y á poderse realizar, seguramente que causaria horror el presenciarlo.... Pero vá, continuó como queriendo alejar de su mente aquella idea: no sé por qué hemos de amedrantar nuestro espíritu, cuando todo nos sonríe en torno nuestro.

—Quiera Dios que así suceda, contestó la dama exhalando un profundo suspiro; porque si llegara un dia en que la fatalidad te condujera hasta arrostrar la ira del rey, y tuvieras que sufrir sus terribles consecuencias, ó murieras á manos de algun enemigo, es tanto lo que te amo, Andrés mio, que no podria sobrevivirte.

Y con los ojos arrasados en lágrimas se precipitó en los brazos de su esposo.

Este la estrechó entre los suyos, estampando al mismo tiempo en su fresca mejilla un amoroso beso.

—Desecha esos temores, Blanca mia, porque seguro estoy de que en esta lucha que nuestros enemigos han provocado, ningun peligro amaga mi vida.

—Sí, tienes razon, dijo la dama enjugando el llanto: debemos ahuyentar lejos de nosotros toda idea triste y pensar tan solo en nuestro amor; en vivir el uno para el otro.

Hubo un momento de silencio.

—Blanca, dijo el caballero despues de esta corta pausa y levantándose de nuevo: retírate á tu aposento, alma mia, porque tengo que dar algunas órdenes, y tal vez me vea precisado á salir.

La dama se levantó, estrechó de nuevo á su esposo, y desapareció por una puerta lateral.

G. HONORIO.

(Se continuará.)

AL PIÉ DE SUS VENTANAS.

Pasan lentas las horas, y no veo

Tus ventanas abrirse... no parece

Sino que burlas siempre mi deseo,

Por que sabes que así se robustece.

Sorda estás á mis quejas;

Yo á tu desden tenaz: mi toscó empeño

Ha de romper al fin tus duras rejas,

Ha de turbar tu sosegado sueño...

¿Pero no abres, bien mio?

¿Cómo en tan breve tiempo tal mudanza?

Si aun tu pecho al amor rinde su brio,

Abre, por Dios, la puerta á mi esperanza.

Mas ¡ay! en vano sin cesar porfio:

Ó el viento la sujeta ó tú no quieres

Ni mi angustia calmar, ni oír mi canto.

¡Plegue al cielo, tirana,

Que el corazón no cierras á mi llanto

Como á mis ayes cierras la ventana!

VALENTINO,

EL PASAJERO A LA FUERZA.—EL ÁRABE Y SU CAMELLO.

Las dos magníficas láminas que aparecen hoy en el centro de nuestro semanario, composicion del afamado artista Vicentelly, son la reproduccion esacta de dos escenas muy comunes, y que el viajero presenciaría á cada paso, cuando recorre los caminos de la Arabia.

Para pasar ciertos rios no vadeables, se ven precisadas las gentes del país á hacerlo en barcas y los arrieros que conducen una recua han de trasportar á ella y embarcar tambien á los borricos, lo cual no es operacion muy fácil, pues el asno se resiste siempre y es preciso trasladarle casi en brazos, tomando con antelacion varias precauciones para que no muerda, cocee, ó cometa algunos otros escesos. Tal es el asunto del primero de los grabados.

El segundo representa el árabe y su camello. El árabe ha hecho un alto en su marcha, no solo para dar un poco de descanso á su cabalgadura, sino para reparar él mismo su desfallecido estómago. De su escasa provision, pues sabido es que el árabe es muy sóbrio, ofrece una parte á su querido compañero, que este acepta con gratitud.

Tales son los dos asuntos de estos dos bellísimos cuadros de Vicentelly, que han sido reproducidos al lienzo y pintados al óleo por otros célebres artistas, y los cuales forman hoy dia parte de algunos museos particulares.

APERTURA DE LA CAZA.

Sin embargo de que cuando concluyó la veda dimos una alegoría de gran mérito por su ingeniosa composicion, ha llegado á nuestro poder otra no menos bella, y no podemos resistir al deseo de publicarla, seguros de que nuestros suscritores estarán contentos, aunque haya pasado el momento de su oportunidad. Lo bello siempre es bello, y en cuanto á trabajos artísticos de este género, siempre son dignos de figurar en un album ilustrado, como el que debe formarse con la coleccion de nuestro semanario.

LÁGRIMAS Y SUSPIROS.

Amargas lágrimas, niña,
brotan á veces mis ojos,
Y al correr, su fuego ardiente
Quema mi pálido rostro;
Tristes suspiros al pecho
Arrancan fieros enojos,
Y lágrimas y suspiros
El viento los lleva todos.

Ámame, y serán mis lágrimas,
Si es que de alegría lloro,
Perlas para tu garganta
Y tus cabellos adorno;
Ámame, y serán, bien mio,
Mis suspiros amorosos
Más suaves que los gorgoros
De ruiseñores canoros.

F.

AVISO IMPORTANTE.

Como verán nuestros lectores, desde el presente número hemos variado el dia de la publicacion de nuestro periódico, y en lo sucesivo aparecerá todos los domingos en vez de los jueves.

Hemos tomado esta determinacion solo con el objeto de complacer á muchos de nuestros favorecedores, que así nos lo tenían solicitado.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



APERTURA DE LA CAZA.